

## **Comunidades semióticas y discursivas. Narratividad y pasionalidad en una portada de *Caras y Caretas***

Dra. Ana Luisa Coviello  
Lic. Susan Sarem  
Universidad Nacional de Tucumán

### Introducción

El análisis del discurso tiene como objeto el estudio del discurso, entendido, en términos de Benveniste, como lenguaje puesto en acción.<sup>1</sup> Su punto de partida es el análisis del enunciado desde las tres coordenadas que confluyen en él: sujeto, espacio y tiempo. Si hablamos de un sujeto que construye mundo y se construye a sí mismo a través del discurso, hablamos de un agente en acción, que produce narrativas cuyos efectos son las pasiones, tal como Fabbri lo enuncia y desarrolla.<sup>2</sup>

Como se sabe, los estudios del discurso se vieron fuertemente estimulados por la Teoría de la Enunciación, que surgió, a su vez, como consecuencia de la observación del fenómeno lingüístico de la deixis: yo, aquí, ahora, son los elementos básicos de las coordenadas de sujeto, espacio y tiempo, respectivamente, que conforman la base del análisis de la subjetividad en el discurso. Tres conceptos clave, entonces, desde los cuales partir: sujeto-acción-discurso: un sujeto que actúa-acciona en el mundo a través de su discurso y un discurso que actúa no sólo sobre el mundo sino también sobre el mismo sujeto.

Al hablar del sujeto en relación con el análisis del discurso, se plantea una serie de preguntas: ¿de qué sujeto hablamos? ¿Se trata de un sujeto individual o colectivo? ¿Pasivo o activo?<sup>3</sup> ¿Tiene cuerpo o se trata de una noción abstracta sin materialidad? ¿Interesa este sujeto al análisis de los discursos sociales? ¿En qué medida? ¿La noción da cuenta de los universos de sentido que el sujeto comparte con otros sujetos de las diversas comunidades a las que pertenece y desde los cuales formula su particular discurso?

Estas cuestiones no son arbitrarias, si consideramos que, por un lado, la noción de sujeto fue soslayada en los estudios lingüísticos y semióticos originados en las conceptualizaciones de Ferdinand de Saussure y de Charles Sanders Peirce, padre del Estructuralismo el uno y del Pragmatismo el otro. Sin embargo, una de las ramas del Estructuralismo, la Teoría de la Enunciación, al centrarse en el habla, recupera al sujeto como un agente (esto es, en un rol activo) al ubicarlo en una de las coordenadas para el estudio del discurso.

Por otra parte, al hablar de la noción de acción, que está presente también en la Teoría de la Enunciación (en el concepto de actualización, en la noción de que el sujeto construye mundo y es construido por él), introducimos la idea de que lo que se produce con el discurso son actos de sentido, y así, establecemos el dinamismo que caracteriza a la semiosis social, al concebir al signo como un proceso y no como una cosa. Ahora bien, ese sujeto que actúa en la semiosis social forma parte de ella, no es un espectador que se encuentra fuera, como si se tratara de un referente.

---

<sup>1</sup> Véase Benveniste, 1976:179.

<sup>2</sup> Véase Fabbri, 2004 [1998]: 55-92.

<sup>3</sup> Estas dicotomías no son arbitrarias, si consideramos que el sujeto saussureano aparecía como “individuo” o como “masa hablante”, sin posibilidades de modificar la forma de la lengua, depositada en el cerebro.

Estos conceptos que acabamos de exponer aquí brevemente forman parte de un trabajo de investigación más amplio, una de cuyas partes tuvo como objetivo la elaboración de una noción más completa y renovada de sujeto, que obtuvimos tras un análisis de él en distintos desarrollos semióticos. A partir de ese estudio propusimos la siguiente herramienta operativa: la idea de *un sujeto inmerso en comunidades semióticas*.

### Comunidades semióticas y discursivas

¿Por qué nos interesa el concepto de *sujeto colectivo inmerso en comunidades semióticas*? ¿Qué beneficios nos ofrece en el análisis del discurso, qué vacíos llena?

Tal como hemos configurado el concepto, las comunidades semióticas son “conjuntos de individuos que comparten los mismos mecanismos de construir realidades, los mismos mecanismos de producir y desarrollar procesos inferenciales y de conocerse a sí mismos y al mundo que integran. Sin embargo, el espacio para el accionar individual estará determinado por condicionamientos de distinto orden (neurológicos, sociales, culturales, económicos, etc.)”.<sup>4</sup> Nuestro propósito es ofrecer una noción que contemple al sujeto no sólo como individuo sino también como comunidad, un sujeto que es activo (un agente), y que posee un cuerpo con el cual actúa, produce actos de sentido y se apropia del mundo, esto es, un sujeto con materialidad.

A pesar de que esta contemplación del sujeto pueda resultar un tanto evidente, los desarrollos lingüísticos y semióticos no han dado cuenta de estas características reunidas en un solo concepto, ni tampoco de un modo claro, como veremos.

Para remitirnos a los orígenes de la Lingüística y de la Semiótica actual, repasaremos las nociones de sujeto en Saussure, en Peirce y en la Teoría de la Enunciación.

El sujeto saussureano aparece como “individuo” o como “masa hablante”, en distintos lugares del *Curso de Lingüística General*, pero en ambos casos sin posibilidades de modificar la forma de la lengua, depositada en el cerebro.<sup>5</sup> Se trata de un sujeto pasivo que recibe el “tesoro de la lengua” como herencia, no tiene materialidad corporal (el cuerpo del individuo o de la masa hablante no es tomada en consideración en el *CLG*). Puede ser individual (“individuo”) o social (“masa hablante”), pero predomina este aspecto comunitario del sujeto dado que la lengua es “social por naturaleza”.

Por su parte, el sujeto peirceano es la mente, no el individuo en su totalidad como ser con mente y cuerpo. Es comunitario, en tanto el pensamiento del hombre es un pensamiento en signos, y él mismo es “un signo que se desarrolla en el tiempo”. Es un sujeto social, provisto de la temporalidad misma de lo social y del dinamismo de la semiosis. Comparte el aspecto mental del sujeto saussureano, y su materialidad (como intérprete) se vislumbra en el interpretante.<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> Este concepto ha sido elaborado en base al de comunidades lingüísticas (Hockett, Gumperz, Fishman, Labor, Hymes, Halliday, Le Page). Nuestra intención es formular un concepto distinto, que supere la determinación lingüística y se extienda a la semiosis en general.

<sup>5</sup> Según Verón, 1998:68, contradicción saussureana: la mutabilidad de la lengua es posible, por lo tanto algún margen de incidencia tiene la ‘impotente’ masa hablante.

<sup>6</sup> El objeto de estudio de Peirce es la semiosis, proceso triádico de inferencia mediante el cual a un signo (representamen) se le atribuye un objeto a partir de otro signo (interpretante) que remite al mismo objeto. El interpretante no es el intérprete, sino el resultado de la interpretación de un signo por parte de un sujeto.

Finalmente, la Teoría de la Enunciación elabora un concepto de sujeto que sí tiene materialidad, la que se plasma en las huellas que deja en su discurso (los deícticos nos dan idea de su ubicación en el tiempo y en el espacio), es activo, como hemos visto, pero es puramente individual. El sujeto de la enunciación construye su discurso y se construye a sí mismo en una situación concreta de enunciación.

Como vemos, el sujeto de Saussure y de Peirce comparten el aspecto comunitario, no así el accional, que Peirce sí comparte con la Teoría de la Enunciación, aunque esta carezca de lo comunitario de la semiosis social. En Saussure la materialidad del cuerpo del sujeto está omitida, precisamente porque su teoría es psicologista. En Peirce la materialidad se infiere, pero no se explicita, en virtud de su perspectiva fenomenológica. En cambio, en la Teoría de la Enunciación, la materialidad del sujeto se recupera, al menos parcialmente. Decimos que *parcialmente* porque el sujeto de la enunciación es un concepto lingüístico y discursivo y no integra en él la dimensión pasional manifestada en signos físicos como lo propone la Teoría de la Narratividad y las Pasiones de Paolo Fabbri.

Ninguno de estos conceptos por sí solo contiene esas tres dimensiones inscriptas en el que nosotras proponemos: la accional, la comunitaria o social y la material. Esa unión fue vislumbrada ya por P. Fabbri, quien propone completar la teoría peirceana, ajena a la teoría de la comunicación, con el concepto de enunciación: lo que permite el reenvío de un signo a otro es precisamente el discurso de un sujeto en un aquí y en un ahora, que queda registrado en el texto mismo. Así, el sujeto, como decíamos, no es algo exterior a la semiosis sino que forma parte de ella, a través de su discurso.

Por lo tanto, “el sujeto colectivo inmerso en comunidades semióticas ya no es el individuo cuyo cerebro recibe el tesoro de la lengua pasivamente ni solamente la mente para la cual el interpretante es un efecto, ni tampoco el sujeto puramente individual de las teorías comunicacionales y de la enunciación, sino uno cuya mente está unida a un cuerpo materializable por su discurso; pero este discurso será el del fluir temporal de la semiosis social.”

La ventaja sustancial de la noción de comunidades semióticas es que trae al análisis del discurso dos elementos fundamentales: el de comunidad y el de temporalidad. Una temporalidad que no es solamente la del yo-aquí-ahora (ese presente irrepetible de la Teoría de la Enunciación), sino la de un devenir que, justamente por su naturaleza dinámica, preserva la memoria de otras semiosis (el pasado), e incluso prefigura hasta cierto punto posibles actualizaciones a futuro.

#### Análisis del discurso en la semiosis visual: la portada de Caras y Caretas

Llegados a este punto, es preciso hacer una traducción de la noción lingüística de discurso a una que involucre otras sustancias de la expresión. En efecto, es posible aprovechar las herramientas teóricas de la Teoría de la Enunciación para el análisis de otras semiosis, es decir, de semiosis no lingüísticas. Así, el mismo Fabbri ofrece una definición de discurso que contempla esto: “(...) por discurso entendemos el texto *–de cualquier sustancia expresiva–* que, además de representar algo, representa e inscribe en su interior la forma de su propia subjetividad e intersubjetividad”.<sup>7</sup> Es posible, pues, analizar productos de la

---

<sup>7</sup> Véase Fabbri 2004 [1998] 84. Las cursivas son nuestras.

semiosis visual en términos de discursividad, si, tal como sostiene Fabbri, comprendemos que “la idea fundamental de la enunciación es que en textos semióticos de distinto tipo –en la música, la pintura, la literatura, etc.- hay simulacros de interacción inscritos en el propio texto mediante procesos de enunciación”. Uno de esos simulacros, que en lingüística son, por ejemplo, los pronombres, en la semiosis visual podría ser la mirada de los personajes representados en la imagen, o los gestos corporales de señalamiento, o las posturas de frente o perfil, o la correlación de categorías expresivas tales como /arriba-abajo/, /cerca-lejos/, /derecha-izquierda/, o categorías aspectuales tales como /suspense-conclusión/ o configuraciones pasionales como /indiferencia-interés/, etc.

El habitual desdoblamiento que se da en los sistemas literarios entre autor y narrador, se problematiza en el caso de productos semióticos propios de los medios masivos, tales como los de la publicidad o las portadas de revistas, que utilizan signos icónicos, en los que el autor es un sujeto múltiple que ejecuta decisiones que son editoriales. Hablaremos de esto más adelante.

Pasemos al análisis de la portada de *Caras y Caretas*, n° 2190, octubre de 2005. El tema de la nota de tapa es “En qué creen los argentinos”, manifestado lingüísticamente sobre la imagen que ocupa las tres cuartas partes de la tapa. La ilustración es una caricatura que reúne a diferentes personajes religiosos populares: a la izquierda se encuentra el Gauchito Gil, que mira al receptor y lleva bajo el brazo un libro de Feng Shui; a su lado, pero de perfil, la Virgen Desatanudos, con su rosario de nudos entrelazados a su mano y una aureola coronando su cabeza; también con su aureola, en el centro del dibujo está San Cayetano, de frente pero mirando al cielo, con el Niño en sus brazos, que, al igual que el Gauchito Gil, mira al receptor; en el margen derecho está el Pastor Jiménez, de perfil, con un libro (aparentemente una Biblia) en una mano, y la otra en gesto ambiguo, posiblemente de bendición; a sus pies, una voluptuosa Gilda, sentada, también mira al receptor y nos presenta a la Difunta Correa, tendida en el suelo, quien, con los pechos al aire, amamanta a su hijo; el niño de la Difunta también mira al receptor y, a diferencia de la Difunta, posee aureola. Detrás de todos ellos, en el margen superior izquierdo, se cierne la imagen de San La Muerte, quien parece emerger de entre las nubes, con expresión atemorizante, blandiendo la guadaña. En el pie de imagen, un diálogo entre el Gauchito Gil y San Cayetano:

*Gauchito Gil: -Y usted, San Cayeta, ¿por quién va a votar en octubre?*

*San Cayetano: -Voy a votar por la humanidad de la Difunta, vio.*

Como podemos ver, en la imagen no hay alusiones a lo político, que es una esfera explicitada en la portada a través de este diálogo, sino que se trata de una concatenación de imágenes religiosas populares.

El título “En qué creen los argentinos” está enunciado en tercera persona, no en primera, lo cual es ya un indicio de que el sujeto de la enunciación no se incluye como devoto de las creencias que la imagen representa. Esa distancia prefigura una enunciación perteneciente a una comunidad semiótica diferente de la que se vislumbra a partir de la imagen: surge, ya de entrada, una oposición entre lo popular y aquello que no lo es. No todos los argentinos compartirían, pues, esas creencias, aunque el texto sugiere que los argentinos a los que se alude son los fieles que acuden a esos personajes.

Discursivamente, si ponemos en diálogo la caricatura con el pie de imagen (texto lingüístico), notamos que algunos sujetos del enunciado se erigen en sujetos de la enunciación, por un lado, al tomar la palabra (pie de imagen), y por otro, al dirigir sus miradas hacia un receptor que está fuera de la portada pero no del

discurso propuesto icónicamente. Como ya adelantamos, las miradas directas al receptor funcionan como lo haría el sistema pronominal de la lengua si estuviéramos frente a un discurso lingüístico: las miradas son el yo y sus destinatarios son el tú que intersubjetivizan el discurso, incluyendo a la segunda persona gramatical en su semiosis. En el diálogo, los sujetos del enunciado de la imagen también se transforman en sujetos de la enunciación al tomar la palabra: a la pregunta del Gacuchito Gil sobre la opción de voto de quien él llama, confianzadamente, *San Cayeta* (subjektivema: entre ellos ya hay una cercanía y cierta complicidad), San Cayetano pone en evidencia el vacío político en el sentir popular, a través de lo cual ya se opera una terrenalización del santo (ahora los santos votan), que se agudiza cuando responde que optará por la humanidad de la Difunta.

Volviendo a la imagen, y observando a la Difunta, notamos que lo que está puesto en primer plano en ella no es su santidad (su niño lleva aureola, ella no) sino precisamente su sensualidad, contenido manifestado en una forma de la expresión muy peculiar: unos pechos que, por un lado, podrían sugerir que están plenos de leche materna, pero que, por otro, de tan perfectos parecen siliconados (está acostada, pero sus senos siguen turgentes). La humanidad a la que hace referencia San Cayetano subraya el lado más sensual que maternal de la Difunta Correa, por el hecho de que “humanidad”, en correlación con “divinidad” es un subjektivema que tiene resonancias de sensualidad y materialidad en oposición a espiritualidad. Esta interpretación se ve reforzada por la imagen también voluptuosa de Gilda, no en vano a su derecha, vestida de rojo, lo cual es un símbolo de sensualidad, de pasión, y ella misma muestra unos enormes labios, también siliconados, al igual que sus pechos.

En consecuencia, los candidatos políticos del momento (el Gauchito Gil dice “en octubre”) no representan opciones válidas para él, y, por extensión, para sus devotos, y son objeto de desplazamientos semióticos: en lugar de los candidatos reales de octubre de 2005, San Cayetano propone a la Difunta, y, por extensión, a los otros personajes de la portada como actores válidos en la lucha por los desposeídos.

En la nota de tapa en el interior de la Revista, el sociólogo Fortunato Mallimaci sostiene que “en la larga experiencia histórica de América Latina y la Argentina, lo político y religioso aparecen como dos maneras de creer, de soñar, de crear promesas de futuro y sobre todo de dar sentido a los actores en su accionar cotidiano. Esta matriz común permitió los desplazamientos, el tránsito, el ajuste de cuentas, la recarga mutua entre un dominio y otro, especialmente cuando se juega al nivel de las analogías estructurales entre fe religiosa y fe utópica, entre promesa de liberación y promesa de salvación, entre militancia que da sentido en lo político y lo religioso. Encantos y desencantos están en un lado y en el otro; de allí la importancia de no verlo sólo como dos esferas diferenciadas, distintas y opuestas.” Efectivamente, las esferas política y religiosa están en diálogo en la portada: lo que Mallimaci sostiene, esa analogía estructural entre fe religiosa y creencia política es lo que hace posible la sustitución de candidatos políticos por líderes religiosos populares. La imposibilidad por parte del pueblo de actuar en lo político ocasiona que trasladen esa necesidad de acción a lo religioso, que es mucho más accesible para ellos, más cercano, y que provoca procesos de identificación con sujetos comunitarios con los que comparten carencias sociales, el heroísmo de la vida cotidiana, el sufrimiento, el desenlace fatal percibido como injusto desde su

perspectiva, características ausentes en la clase dirigente argentina, según la percepción de las comunidades semióticas que la imagen representa.

Esta reacción de la comunidad semiótica popular es el efecto de una acción: la de la historia política argentina interpretada según ese sentir y ese creer. Es un efecto, hemos dicho, esto es, una pasión, que, según la Teoría de la Narratividad y las Pasiones, es una forma de acción que, a su vez, genera actos de sentido. La acción política en Argentina suscita enojo, pero se trata de un enojo que la dimensión temporal de la reiteración en el tiempo traduce en hartazgo y desesperanza, en la medida en que la corrupción se percibe tan enquistada y la acción individual tan pobre para hacer frente al cambio, que, al menos en sectores populares, se manifiesta en actitudes de descreimiento en el poder del voto. Ya no importa votar y aplicar el castigo o el premio cívico a las malas o buenas gestiones, sino creer en una fuerza sobrenatural, o en simples identificaciones plasmadas en sujetos comunitarios y representadas en los personajes populares de la portada: el Gauchito Gil, Gilda, la Virgen Desatanudos, etc. Hasta los personajes merecedores de culto popular dan la espalda a los comicios y se “terrenalizan”, haciéndoselos sujetos de voto que prefieren ‘la Humanidad de la Difunta’ a cualquier otra opción política del momento.

Así, el idioma cultural del poder está constituido por las emociones socialmente validadas de desesperanza en el cambio político de la Argentina. El disgusto por la situación generada por años de lo mismo en materia de acción política construye apatía social cívica, otra forma de acción, o, quizás, de omisión voluntaria de una obligación ciudadana percibida como vacía de contenido.

Hemos hablado, hasta aquí, de acciones y de pasiones concatenadas discursiva y semióticamente: hemos hablado, pues, de narratividad. La imagen que analizamos se muestra, como hemos visto, como la representación de aspectos políticos y religiosos argentinos. Podríamos decir que, vista de este modo, la imagen es una metáfora de esas dos esferas, pero no entendida sólo lexical o semánticamente, sino configurada estructuralmente, esto es, una metáfora narrativa.<sup>8</sup>

La portada reenvía a la situación política argentina en una operación similar a las realizadas por las metáforas narrativas. Hay una estructura gramatical subyacente en la metáfora (la portada) y en aquello que está representando, la realidad, que de alguna manera los hace intercambiables sógnicamente. Cada una de esas figuras es un interpretante que reenvía a otros signos, el conjunto también es un interpretante, y nuestro análisis uno más en la cadena de semiosis. De este modo, la interpretación que se haga, a su vez, de este análisis, u otro de la portada, serán nuevos eslabones de esa cadena, unidos interdiscursiva e intersubjetivamente.

Volviendo a la intersubjetividad: en la portada, hay cinco personajes que enuncian desde un yo y se dirigen a un tú: el Gauchito, Gilda, el Niño de San Cayetano, el bebé de la Difunta y aún San La Muerte, con sus fosas orbitarias vacías. ¿Por qué nos incluyen en su discurso justamente ellos? ¿Qué significa que San Cayetano, la Virgen Desatanudos y el Pastor Jiménez no miren al receptor? La disposición de los personajes en el espacio se estructura alrededor de la Difunta Correa, en el centro. A su derecha, Gilda, la primera en llamar la atención del interlocutor, no sólo por su rostro de frente y su mirada interpelante, sino también por el gesto de señalamiento de sus manos. La boca entreabierta intensifica la relación de diálogo con el receptor. Su discurso parece reclamar la atención hacia la

---

<sup>8</sup> Fabbri, 2004 [1998] 86-92.

Difunta, por un lado, y hacia el resto de los personajes que la acompañan. Se diría que es la encargada de presentárnoslos, aludiendo a su ejemplaridad. Estos actores son los sujetos que de alguna manera han llenado de sentido el vacío político de esa comunidad, y Gilda es portavoz de esa reacción pasional y pone en evidencia una nueva estrategia política basada en la postulación de esos líderes populares religiosos en lugar de la clase dirigente. Esas pasiones han creado un nuevo contexto para canalizar la acción social.

Por su parte, el Gauchito mira casi de frente, pero su cuerpo permanece de perfil. Su discurso es más parco, lo que está sugerido por su boca cerrada y el brazo caído, sosteniendo un libro que está interesado en mostrarnos, aunque no en una actitud de apertura como la de Gilda. Es precisamente en su imagen donde se produce de manera más evidente y explícita esta suerte de cambalache, ya que posee la vestimenta típica del gaucho argentino pero porta un libro de Feng Shui, importado de una cultura bastante lejana a la nuestra y efecto de la globalización, que podría sugerir superstición, pero que se incluye entre las vías para canalizar el descontento social mediante estrategias de supervivencia individual, o grupal pero de espaldas a lo público en el sentido de lo político.

En cuanto a los niños, uno junto a la Difunta, otro en brazos de San Cayetano, miran al receptor con cierta actitud de reclamo, sobre todo el niño que no está comiendo. Su interpelación no resulta del todo clara, aunque se pueden analizar ciertos signos, tales como la boca arqueada hacia abajo del niño de San Cayetano, una mano sobre el pecho y la otra agarrando uno de los dedos del santo, en señal de pedido de protección, o aferrándose a algo conocido o seguro. El niño de la Difunta parece satisfecho con el alimento materno y su mirada es más ambigua.

Por último, San La Muerte aparece cerrando la imagen, amenazadoramente, y constituye el contrapunto dialógico del resto de los candidatos populares, en la medida en que asume un discurso más bien apocalíptico. Si el receptor al que dirige su mirada fuera un político, podría significar el gesto de hartazgo de aquellos a quienes representa. Si la mirada se dirige a otro receptor, podría interpretarse como una continuación de la historia política argentina, en el sentido de que señalaría la impotencia de los actores en primer plano para cambiar la situación mencionada.

Respecto de los personajes que no se colocan en diálogo intersubjetivo con el receptor, tanto el Pastor Jiménez como la Virgen Desatanudos aparecen de perfil, uno a cada lado de San Cayetano, y junto con este asumirían un discurso en tercera persona, a través del cual no involucrarían directamente al receptor. La actitud de San Cayetano mirando hacia arriba, sin compromiso intersubjetivo, pero, sin embargo, mediando entre el cielo y los fieles, pareciera revelar la imposibilidad de resolver por sí solo la pobreza y la falta de trabajo de sus devotos.

## Conclusiones

Hemos partido desde los tres conceptos clave: sujeto, acción y discurso. Hemos planteado una noción de sujeto que recoge elementos provenientes de diferentes desarrollos semióticos y que contempla su rol activo, lo comunitario, la materialidad, factores que intervienen en los procesos de semiosis social. El sujeto que enuncia no es meramente un sujeto individual porque su discurso está entrecruzado en gran medida de semiosis comunitarias que conforman actos de sentido cuyos efectos se plasman en discursos individuales. Vemos, así, que en el análisis de la semiosis social lo individual está impregnado de lo comunitario, y la interpretación presente, de la pasada y de la que vendrá.

El discurso analizado, en tanto acto de sentido social, es una metáfora narrativa de la identidad argentina, que genera, a la vez, efectos o pasiones contrapuestas: una es la que podemos encontrar en el sujeto que enuncia; otra, en el receptor identificado con los personajes de la portada, con las creencias que ellos materializan.

Así, la puesta en diálogo de la imagen con el epígrafe suscita narrativas diferentes de las originadas luego de la observación solamente de la imagen: considerada de manera independiente del epígrafe, esta configura sentidos restringidos al ámbito religioso; por el contrario, considerada en relación con él, lo religioso está concatenado a lo político, y este se coloca en primer plano. El diálogo entre ambos permite la sustitución de los candidatos políticos por líderes religiosos, que asumen la frustración y el deseo popular. La humanidad de la Difunta tiene que ver con un desplazamiento de los santos tradicionales del catolicismo hacia otros santificados luego de ciertas penurias mundanas. Este proceso sufrido por la mayoría de los personajes de la portada los emparenta con los argentinos del título (una comunidad de receptores construida por el título), en virtud de las penurias sociales, los sufrimientos espirituales y la escasez económica, compartidos tanto por los santificados como por tales comunidades. El sujeto colectivo inmerso en comunidades semióticas -el que se identifica con los personajes y las creencias de la portada- materializa esas pasiones al sentirse representado por la imagen, y se contrapone al enunciador de la portada, que se aleja de esas creencias y de esa comunidad semiótica al enunciar en tercera persona: “En qué creen los argentinos” perfila un enunciador que no se identifica con la imagen y con el pastiche de creencias de distinta procedencia.

Los actos de sentido de sentido del enunciador y del enunciatario no hacen sino manifestar las narratividades y pasionalidades propias de las comunidades a las que pertenecen.

## Bibliografía

- Benveniste, Émile, 1976-1977, *Problemas de Lingüística General*, Tomos I y II, México, Siglo XXI.
- Coviello, Ana Luisa; Sarem, Susan, 2008, “Búsqueda y recuperación del sujeto a lo largo de algunos desarrollos semióticos”, en: Mesa n° 130, *10° Congreso REDCOM*, Salta, Argentina, Edición Digital., ISBN: 978-950-623-045-6
- Kerbrat Orecchioni, Catherine, 1986, *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, Buenos Aires, Hachette.
- Verón, Eliseo, 1998, *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa.
- Fabbri, Paolo, 2001, *Tácticas de los signos*, Barcelona, Gedisa.
- 2004, *El Giro Semiótico*, Barcelona, Gedisa.
- Peirce, Charles S. 1986, *La ciencia de la semiótica*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Revista *Caras y Caretas- La Revista de la Patria*, 2005, año 44, n° 2190, Bs. As.
- Saussure, Ferdinand, 1945, *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada.